

SADE

De pronto cargadas nubes cubrieron la ciudad. Una lluvia de hierba verde empezó a caer suavemente sobre el cuerpo inmaculado de la mujer desnuda. La hembra, recostada plácidamente sobre el césped del jardín, dejó que las frescas briznas marcaran su sexualidad. Como un remolino, la húmeda hierba cubrió sus genitales, los exuberantes pechos y sus dos axilas , que se abrían como conchas , despidiendo el olor de su sexo.

Fue entonces cuando el hombre viril y de mirada acuosa, llevado por la fuerza de su perro de caza, que tiraba de él de forma desenfrenada, se acercó a la mujer . El ávido perro olía nerviosamente el sexo y las axilas de la mujer muerta.

Recordando el olor de su antigua presa, llegó hasta el hombre el perfume más puro y mórbido que jamás había percibido en su vida. Dirigió su mirada hacia el lugar de donde venía semejante elixir y atisbó en el horizonte de la ciudad a una mujer enlutada. La misteriosa mujer caminaba elegantemente, como un cisne negro que escribe de oscura tinta el azul del lago. El perro, nervioso, tiraba de él como una fuerza de la naturaleza.

El hombre , siempre a cierta distancia, seguía fascinado a la extraña mujer por las calles de la gran ciudad. La oscura mujer se introdujo en un derruido templo. En ese mismo instante un eclipse de sol dejó a la ciudad en la más absoluta oscuridad. Las tinieblas llenaron todos los espacios. La luz de las brillantes estrellas eran las vidrieras del templo, que en sus ruinas se abría al universo. Un silencio cósmico lo envolvió. Las tumbas, con sus cruces y capiteles, adornaban barrocamemente el santuario. El hombre entró en el templo. Miró al suelo y sus ojos se llenaron de muerte. Alzó su mirada azul hacia el cielo y suspendida sobre una cruz interminable que se alzaba hacia el espacio vio a la misteriosa mujer. La mujer enlutada levitaba como un santón hindú, suspendida sobre la cruz, absorta en su propio mundo.

El aullido del perro, que como un lobo, anunciaba el enigma, hizo despertar por un instante a la mujer de su profundo sueño y ésta clavó su negra y penetrante mirada en los azules y acuosos ojos del hombre. La fuerza de la mirada hizo al hombre alzarse desde el suelo para quedar suspendido sobre una fállica columna: La cruz y la columna, el hombre y la mujer.

Rompiendo el silencio el hombre, pronunció “Es bella la columna”. “ Sí, pero es infinitamente más hermosa la cruz” le respondió majestuosamente la mujer. “ ¿Quién tuvo la culpa?”

le replicó el hombre. “Nadie tuvo la culpa” sentenció la mujer
“¿Desde cuándo no ves?” preguntó el hombre. La mujer,
empezando a romper la serenidad de tanto tiempo alcanzada,
contestó. “Acaso no lo sé . ¿Cómo es que tú lo sabes?” . El
hombre pausadamente le informó. “Todo el mundo lo sabe. A lo
largo del proceso fueron muchas las personas interrogadas. En
las conclusiones el sumo sacerdote confirmó que no sólo
pecabas de atea, sino que además eras sadina”.

El terror se apoderó de la mujer. Como en una veloz noria,
cuyo eje está clavado en el centro de la frente de la mujer: la
cruz, la columna, aquella palabra que jamás había oído
pronunciar y cuyo significado, sin embargo, había comprendido
perfectamente, giraban centrípeta y velozmente en su mente,
llenándola de profundos agujeros negros. La mujer clavó sus
enigmáticos y penetrantes ojos por ultima vez sobre los azules y
acuosos ojos que , como diáfanos espejos, habían desvelado el
misterio de su existencia.